

MARÍA IORDANIDU

COMO PÁJAROS  
ATOLONDRADOS

TRADUCCIÓN DEL GRIEGO DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2023



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Σαν τα τρελά πουλιά*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© de la edición original, 1985 by Hestia  
© de la traducción, 2023 by Selma Ancira Berny  
© de esta edición, 2023 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *El amor guiando al peregrino—Estudio de las aves:  
pinzones* (1897), de Edward Burne-Jones

ISBN: 978-84-19036-70-4  
DEPÓSITO LEGAL: B. 14 256-2023

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2023*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

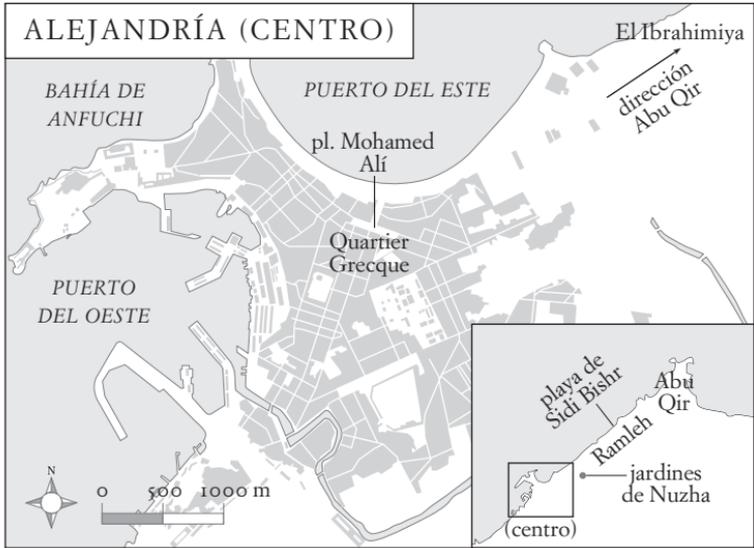
PRIMERA PARTE	9
SEGUNDA PARTE	87
<i>Glosario</i>	175



# ITINERARIO DE LOS PÁJAROS ATOLONDRADOS

0 150 300 450 600km





## PRIMERA PARTE



—Como pájaros atolondrados han dejado a la gente los malditos. Como pájaros atolondrados.

Para doña Klío los malditos eran el káiser y su cuñada, la francesa. El káiser, porque había hecho la guerra, y la francesa, su cuñada, porque por culpa suya su pequeña Ana había viajado a Rusia y se había quedado allí varada por la guerra y la revolución que luego estalló, y la pobre había pasado las de Caín hasta conseguir volver a su casa, en Constantinopla. Y ahora que había vuelto y había encontrado la casa desbaratada, deshecha, a su abuela muerta, la oficina de su tío cerrada y Constantinopla llena de refugiados rusos, ¿qué va a hacer? ¡Qué desastre! ¿Qué van a comer? ¿Y dónde va a encontrar trabajo?

Doña Klío está hecha un ovillo en el extremo del sofá con *Malvina* abrazada para que le dé calor. Los rescoldos del brasero no bastan para calentar la habitación. Hunde las manos por debajo de la barriga de la gata para calentarse. Otra vez habrá que vender algo para poder comprar carbón.

En el otro extremo del sofá está sentada Agathó, la hermana mayor de Klío, con *Aslán* en brazos. *Aslán* es un gato enorme, gris y peludo. Un animal precioso. Con ojos de esmeralda. Acaricia a *Aslán* pero tiene la cabeza en sus hijos. Dos hijos tiene, y los dos están en el extranjero, en Johannesburgo. Los sacó de Constantinopla el año 14 para librarlos del servicio militar turco y ahora que ha recibido una carta suya desde Sudáfrica se está preparando para ir a su encuentro. Pájaros atolondrados parecen ahora los seres

humanos, uno va a dar a un extremo del mundo, el otro, al opuesto. Antes no se desperdigaba así la gente. Además, las guerras antes eran en las montañas y en las cañadas, no en las ciudades.

—¿Te acuerdas, Klío, del día en que viste, en plena guerra ruso-turca, justo enfrente de ti, a un soldado ruso sentado en cuclillas detrás de un matorral? Habías ido a los prados a recoger *jorta*...

—¡Ay, no me hagas reír, Agathó! ¿Cómo te has acordado así, de pronto?

—¿Y de Epaminondas, que se fue de Constantinopla en el 97 para combatir en la guerra greco-turca, pero para cuando llegó a Atenas y se alistó los turcos ya habían llegado a Lamía?

—¡Ay si me acuerdo! Las guerras en ese entonces se libraban entre soldados. No caían bombas del cielo sobre las casas de las personas. A la pobre gente no se la echaba de su casa con tanta facilidad.

La campana de San Thanasis comenzó a tocar a vísperas. Desde la esquina de la calle se oyó el *símanthro* de San Demetrio, porque San Demetrio de Tatavla todavía conservaba su *símanthro*. Amanecería 26 de octubre y ese día era la fiesta de la iglesia.

Agathó se persignó.

—Mañana, que es San Demetrio, se cumplen cinco años de la muerte de mamá. Qué bueno que le hice su *kólyva*.

El último rayo de sol logró colarse por entre las densas nubes del ocaso y cayó sobre el brasero, iluminándolo y haciendo que resplandeciera como en los viejos tiempos de su madre, en la casa de Makrojori. Se iluminaron también el tapete color cereza del sofá y el chal de seda bordado en oro y plata que cubría la mesita y el *kombolói* de ámbar de Manoliós, que estaba colgado en la pared. Se iluminó tam-

bién la cabeza de cerámica del sultán Aziz, donde Manoliós guardaba su tabaco. La alcoba de Agathó era una reproducción en miniatura de la alcoba baja de Loxandra, con su techo marrón de madera y sus arcones al fondo. Todo era hogareño, acogedor, cálido, gracias al aliento de las buenas personas que ahí habitaron su vida entera, pasaron y se fueron. «¿Qué significa ser rico, mi Manoliós?», solía decir Agathó. Y, solita, se respondía: «Saber contentarse con poco».

Y el reloj octagonal inglés que alguna vez le regaló el abuelo a Agathó y que ahora estaba colgado en la pared decía, con unas letras desteñidas sobre la carátula: TIME IS, TIME WAS, TIME IS NOT.

Ahora las dos señoras están hechas un ovillo sobre el sofá, intentando entender por qué los seres humanos hacen cosas que les acarrearán su propia ruina.

Comienza a oscurecer. La aguja del reloj está a punto de dar las seis y media, pero vacila. Ése es el momento en que el día va al encuentro de la noche. En que los relojes se detienen.

La puerta de la alcoba se abre sola, muy poco a poco y, sin hacer ruido, como una pluma, entra Loxandra. Lleva en la mano un tarrito del dulce que Agathó había hecho la víspera, cuando preparó la *kólyva*, un postre constantinopolitano, dulcecito y lindo de ver. Espesado con harina de garbanzo y hervido con dos tipos de pasas, blancas y negras. Dentro tiene unos cuantos granos de trigo. Lleva también peladillas que aún se conservan de los buenos tiempos, plateadas con menta dentro, rosadas con anís, verdes con cilantro, blancas, delgaditas y alargadas con cáscara de limón y de naranja amarga, blancas, más grandes, con al-

mendras tostadas, con trocitos pequeñitos pequeñitos de nuez picada encima.

—Alabadas sean tus manos, Agathó—dice Loxandra, contenta—. Deliciosa la *kólyva* que preparaste. Alabadas sean tus manos. —Y de golpe, asustada—: ¿Y la niña? ¿Dónde está la niña?

Afuera, en el saledizo de la casa, debajo de las ventanas, se sintieron pasos. Al poco se oyó el aldabón de la puerta de la entrada. Se oyó también el último tictac del reloj, que se había detenido justo en ese momento. De un salto se levantaron las dos mujeres al mismo tiempo. Ya había oscurecido.

—¡Vaya por Dios!—dijo Klío—. ¿Qué nos ha pasado? ¿Nos hemos quedado dormidas?

Y corrió a la puerta para abrirle a Ana.

Ana entró cojeando.

—¡*Amán*, tía Agathó! Una palangana con agua calentita para que meta yo los pies. Estos zapatos viejos me los han destrozado.

Agathó se levantó y la besó.

—Enseguida, amorcito. Ve a la cocina, que está más templada. Yo voy a traerte la bata para que te cambies, y te traeré también las pantuflas. Anda, Klío, tengo agua caliente en el rincón, ayuda a la niña a que descanse sus piecitos y yo vuelvo enseguida a poner la mesa. Cuando bajes el agua, pon la sopa en el rincón para que se caliente.

—*Nu!*—dice Ana—, y yo os cuento las novedades. He encontrado trabajo. Un buen trabajo.

«¿Qué es ese *nu* que se le ha vuelto a escapar a Ana de la boca?», piensa Klío. Desde que volvió de Rusia, cada dos por tres Ana dice «*nu*», y habla con un ligero acento ruso.

—*Nu*, mamá, ya se me quitará la costumbre. Ahora sentaos para que os cuente mis hazañas de hoy.

Se sentaron las tres alrededor de la mesa redonda que estaba en el centro, ya puesta. En la cocina hacía calor. El suelo estaba cubierto de jarapas, y en el rincón humeaba la sopa.

Bien arropadita en su bata, con los pies calientes enfundados en unos patucos de lana, Ana comenzó a contarles sus desventuras en las callejas y barrizales de Gálata, de oficina en oficina, intentando encontrar trabajo. ¡Pero de trabajo, nanay! Los refugiados rusos son cultos, saben idiomas y aceptan trabajar por un pedazo de pan. Hasta al Tirik, la tienda, entró Ana a ver si la contrataban como dependienta. Desmoralizada, arrastrando sus lastimados pies, tomó la cuesta para ir andando a Pera cuando, un poco antes de llegar a la embajada americana, vio frente a una puerta grande un camión inmenso del que estaban descargando cajas provenientes del extranjero. En las cajas, con grandes letras negras, estaba escrito: AMERICAN FOREIGN TRADE CORPORATION.

«¡Una oficina nueva!», pensó Ana, y, sin más, se metió.

Se olvidó del dolor de pies, subió los peldaños de dos en dos y se encontró en el corredor del primer piso. Justo frente a ella había una puerta cerrada en la que estaba escrito en inglés: «Oficina del Director. Prohibida la entrada». Y al lado de la puerta, un ujier. No se puede, dijo el ujier

cuando Ana se acercó, no se puede. Pero mira que sí, pero anda que por favor. Nones. Le asesta Ana una patada, abre la puerta y entra. Frente a ella, al fondo de la estancia, ve un escritorio grandísimo y a un sesentón norteamericano, coloradote y sonriente, sentado detrás.

—*Hello*—le dice.

—*Hello*—balbucea Ana, asustada, y se queda muy quietecita.

—¿Qué quieres?—le pregunta.

—Trabajo—responde Ana, y sigue quietecita.

—*Well, I'll be damned*—suelta el norteamericano (que son malas palabras en inglés), y se levanta de la silla.

Ana oye que se abre la puerta a su espalda, se gira y ve al ujier introduciendo la cara en la grieta. *Amán!*

El norteamericano levanta el brazo y le hace un gesto al ujier para que se retire.

—¿Cómo has entrado?—le pregunta.

—Dándole una patada al ujier—responde Ana.

—¿Qué?—grita con toda la fuerza de sus pulmones el norteamericano.

Ana tiembla; se echa a llorar.

—Tranquila. No llores así—le pide el norteamericano.

Pero Ana ya no se puede controlar. Está muy afligida. Le duelen los pies, tiene hambre, tiene frío porque está empapada. Y no tiene pañuelo. Saca el norteamericano su pañuelo e intenta enjugarle las mejillas. Los mocos le chorean. Se quiere morir. Es lo único que quiere.

—Shhh, calla. —El americano la lleva hasta el sillón para que se siente y se acomoda a su lado—. Dime qué sabes—le pregunta—. ¿Sabes de códigos y de telegramas?

—No—responde Ana entre sollozos—. Sé lo que son los telegramas, pero no sé lo que son los códigos.

—¿Estenografía? ¿Dactilografía?

—No—dice Ana—, pero me he visto obligada a aprender tantas bobadas en mi vida que a lo mejor también puedo aprender eso que usted me pide.

Luego, el descorazonado norteamericano le preguntó qué sabía, y ella le respondió que hablaba inglés, francés, griego y ruso. En cuanto oyó «ruso», el norteamericano paró la oreja.

—¿Sabes bien ruso?—le preguntó—. Eso nos interesa. Sólo estamos esperando que venza Wrangel para entrar en Azerbaiyán. Ahí, ya sabes, hay petróleo.

—Mmm—barbotó entonces Ana, como para demostrar que había entendido la importancia del petróleo.

—Ahora vete a tu casa, redacta una buena solicitud y tráemela mañana.

—No, señor director, eso no puede ser, porque si salgo de esta oficina antes de que usted me dé el trabajo, no podré volver a entrar. Bueno, digo, si el ujier sigue vivo, porque le di una patada tan fuerte en el estómago que el hombre acabó en el suelo.

El americano abrió entonces una boca que parecía un pozo y se desternilló de risa. No lo pensó dos veces y la contrató por doscientas liras turcas al mes. Le encargó que organizara los archivos.

—Date cuenta de que el trabajo que te estoy encomendando no es fácil. Somos una compañía muy grande. Exportamos a Oriente Medio todo tipo de productos industriales fabricados en Estados Unidos, e importamos materias primas. Es un trabajo complicado. Quiero ver qué puedes hacer. Ésta es una gran oportunidad en tu vida. Es una *opportunity*. ¿Entiendes lo que quiere decir la palabra *opportunity*?

—Claro, claro—aseguró Ana.

Ésas eran las novedades de Ana aquel señalado día, y

cuando ya se las hubo contado, pidió que le dieran un poco de aquel dulce que tanto le gustaba a su abuela. Su abuela, que la llamó en el momento en que agonizaba.

—¿Qué has dicho?—gritó Agathó.

—¿Qué?—dijo su madre—. ¿Y cómo sabes que te llamé, Ana?

—Lo sé porque la oí. Un día como hoy, vigilia de San Demetrio, en 1914, estaba con escarlatina en las barracas para enfermos infecciosos, allá en Stávropol. Tenía mucha fiebre y en medio de la fiebre oí a mi abuelita llamarme dos veces. Me levanté y ahí mismo me habría desmadejado si no hubiese estado cerca una enfermera. Todos pensaron que era por la fiebre, pero ahora que sé que mi abue murió ese día y a esa hora, estoy convencida de que su último pensamiento fui yo, y me lo transmitió.

—¡De locos!—gritó Klío—. ¡Esto es de locos! Así fue, Ana, en el momento en que agonizaba te llamó dos veces. Dos justamente. Por la noche, la víspera de San Demetrio.

—No es de locos, mamá, para nada—dijo Ana—, y no hay ningún misterio. Es algo que se explica científicamente. Fue telepatía.

—¿¡Qué es eso!?

Ana bostezó. Se levantó.

—En otro momento lo hablamos. *Nu*, vámonos ahora a dormir porque mañana tengo que levantarme temprano y con la cabeza despejada.

Se inclinó, le dio un beso a su tía Agathó, y luego besó a su mamá.

Ana comenzó a trabajar a la mañana siguiente y ese mismo día, por la tarde, al salir de la oficina, pasó por el consulado norteamericano para ver a Eleni, una antigua compañera del colegio. Aquél era el primer contacto que establecía con el mundo de ayer, el mundo amado de su vida pasada.

Se dieron un beso y ambas se emocionaron.

—¿Ya te has dado una vuelta por el colegio?

—No, Eleni, me duele mucho—dijo Ana—. No creo que vaya por ahí.

—Bueno y ahora..., ¿qué me estás diciendo? ¿Él te encarga que organices los archivos de una empresa grande y no sabes ni por dónde empezar?

—Pues por eso he venido a verte. ¿No trabajas tú aquí, en los archivos?

—Pero, Ana, una cosa es un archivo y otra cosa es otro archivo. Hay diferencias. Esto es un consulado, aquello es una...

—Está bien, está bien, ya sé que es una empresa grande. Tú explícame los entresijos de este lugar: armarios, carpetas, mapas, catálogos y toda esa sapiencia, y yo ya me las ingeniaré para salir adelante, no te preocupes. ¿Acaso sabía enseñar inglés cuando me arrancaron del colegio y en Stávropol me obligaron a fingir que era una maestra recién llegada de Inglaterra?

—¿Y cómo te las vas a arreglar en la oficina?

—Aprenderé. Con tantas y tantas cosas inútiles que he aprendido, ¿no voy a aprender a organizar unos archivos? Ése parece ser mi destino. Ése parece ser el destino de la ju-

ventud en esta época de locos que vivimos. Dime, ¿de qué nos ha servido a ti y a mí saber dibujar el sistema nervioso del langostino o el sistema circulatorio de la rana? ¿Existe la más mínima posibilidad de que nos dediquemos a la biología?

La verdad es que cuando Ana, en Stávropol, se dio cuenta de que la guerra no acabaría tan pronto como habían creído, se puso a dar clases de inglés y de francés para ganarse el pan, y al mismo tiempo comenzó a estudiar ruso para acabar la escuela rusa y poder ir más tarde a la universidad. Con el tesón de una hormiguita, empezó a construir su vida de cero. Una nueva lengua, nuevos pesos y medidas, una gramática nueva, difícil y extraña, y muchas ple-garias en eslavo antiguo.

Todo lo había hecho la desdichada y seguramente habría obtenido el diploma de la enseñanza media y habría sido una estudiante en Moscú de no haber estallado la Revolución de Octubre y haberse armado la de Dios es Cristo.

—¿Qué haces por las tardes?—le preguntó Eleni—. ¡Veámonos! Tenemos tanto que contarnos...

Sonó el timbre. Ana se levantó y salió.

—¡Los fines de semana siempre estoy *at home!*—alcanzó a gritarle Eleni.

—Está bien, está bien—dijo Ana, que se había dado cuenta del abismo que la separaba de su antiguo mundo.

Se detuvo un segundo en la acera y pensó: «¡Cómo ha cambiado Eleni! O, más bien, ¡cómo he cambiado yo! Tengo que tratar de integrarme, aunque sea un poquito. Y lo primero que debo hacer es procurar vestirme como los demás».

Llevaba en su bolsillo el adelanto que había recibido esa mañana en la oficina. Tomó el camino que conduce al Tí-rik y empezó por los zapatos. Luego, las medias. Luego, la gabardina.